

Craig L. SYMONDS: *La Segunda Guerra Mundial en el mar.*
Una historia global, Madrid, La Esfera de los libros,
 2019, 952 pp., ISBN: 978-84-9164-688-4

Íñigo Gómez García
Universidad del País Vasco

Una visión global para la guerra total en el mar

El título de esta monografía apunta directamente al objetivo de la misma, esto es, explicar cuál fue el desempeño de las diferentes marinas de guerra que participaron en la Segunda Guerra Mundial desde una perspectiva global. Symonds apunta como factor clave de esta obra no sólo las batallas y eventos que sucedieron durante la guerra, sino también la experiencia de aquellos que vivieron este conflicto, teniendo que hacer frente a este «drama humano a escala mundial» (p. 14). Es sorprendente que, como el propio autor indica, no haya existido hasta ahora una obra que aborde en un sólo volumen esta temática, que haya analizado el ámbito marítimo de esta confrontación mundial como un conjunto global. Symonds ha tomado la decisión de exponer los sucesivos eventos y desarrollos que acaecieron durante la guerra de forma cronológica, aunque inevitablemente y para evitar la confusión del lector, hay una coherencia temática, en cuanto a que los diferentes escenarios bélicos tienden a ser tratados de forma separada. Es así como consigue pausar los diversos vaivenes del conflicto y al mismo tiempo no confundir al lector. Es esta, probablemente, una de las características más notables de la obra, pues la pluma del autor consigue exponer y describir los sucesos de este complejo conflicto de manera sencilla y amena, de manera que pueda ser una lectura provechosa tanto para el lego como para el académico.

Es relevante señalar la importancia del prólogo, que aborda las diferentes conferencias navales organizadas por las potencias mundiales durante el periodo de Entreguerras. Este marco le sirve al autor como instrumento para explicar las posiciones políticas y militares que tomarían parte en la guerra, describir y analizar las funciones



y características técnicas de los diversos tipos de buques y armamentos del momento, así como exponer cuáles eran algunos de los principios estratégicos más populares entre los marinos de la época. Gracias a esta inmersión en la materia, el lector puede adquirir una imagen de las posiciones de partida de las diferentes marinas de guerra de una forma clara y concisa. Sin embargo, se echa en falta una mayor indagación en la perspectiva de cada uno de los países protagonistas antes del conflicto, que explique cuáles eran sus conflictos internos –entre diferentes ramas de las Fuerzas Armadas y dentro de las propias marinas–, sus avances o limitaciones tecnológicas, y los planes estratégicos que plantearon. Si bien estos factores son tratados someramente por Symonds, éste discrimina a favor de las marinas estadounidense y japonesa, que cuentan con un capítulo cada una (pp. 199-243), en los cuales se abordan las diferentes perspectivas que las élites militares y políticas de estos países tuvieron respecto a sus flotas. El resto de países, desgraciadamente, no recibe el mismo tratamiento.

Es esa otra característica de la obra, pues se puede apreciar que el autor se encuentra más cómodo escribiendo acerca de las operaciones de las flotas japonesa y estadounidense y, en general, sobre el escenario del Pacífico. Probablemente esto tiene que ver con la trayectoria académica del autor, el cual ha centrado buena parte de sus trabajos en el estudio de la Marina estadounidense, de ahí que estos temas reciban más atención. Un ejemplo: Symonds dedica 6 páginas a describir la Operación Doolittle (pp. 329-334), una respuesta al ataque de Pearl Harbor consistente en bombardear Japón en una misión diseñada no tanto para realmente afectar los medios económicos japoneses como para elevar la moral estadounidense. Y, por contra, apenas se le dedican unos párrafos al teatro de guerra del mar Báltico, y apenas hay mención alguna al del mar Negro, donde las marinas alemana y soviética desarrollaron durante varios años una lucha de baja intensidad mediante el uso intensivo de minas, submarinos, y buques auxiliares. A pesar de estos desequilibrios, hay que señalar que esta extensa obra abarca y trata de una manera fidedigna y veraz los numerosos eventos y escenarios de una guerra tan compleja como esta.

Symonds desgrana a lo largo del ensayo una serie de factores que influyeron sobremanera en el desarrollo de la guerra y en la eventual derrota del Eje. Uno de los principales fue la incapacidad de Alemania, Italia y Japón para competir con los Aliados en la producción industrial. En ningún momento de la guerra la producción de buques de los países del Eje se acercó a la de los Aliados, desequilibrio que se ahondaría con la entrada de los Estados Unidos en la guerra, cuyo músculo financiero e industrial fueron incapaces de equiparar. La falta de recursos vitales para el funcionamiento de una flota moderna incapacitó, además, tanto la producción como el uso de los buques –especialmente la escasez de combustible que, por ejemplo, dejó en puerto a la mayor parte de la flota italiana–, limitando aún más las capacidades operativas del Eje.

El Eje no sólo contó con limitaciones materiales, sino también en el plano de las ideas. En todas las marinas contendientes hubo división de opiniones acerca de cómo se debían usar los diferentes recursos –submarinos, fuerzas acorazadas, portaaviones...–, sin embargo, fueron fundamentalmente las flotas del Eje las que no comprendieron las posibilidades estratégicas del arma aérea en el combate naval. Queda patente a lo largo del libro que esta fue una de las grandes debilidades del Eje que los Aliados supieron aprovechar. En prácticamente todos los combates navales acaecidos durante la Segunda Guerra Mundial, el bando que mantuvo la superioridad aérea ganó el combate. Gracias a un mayor número de efectivos aéreos y a la flexibilidad que aportaron los portaaviones, los Aliados pudieron proyectar su superioridad aérea de forma global. Pese a su éxito, esta estrategia no fue planificada por los países aliados desde un primer momento, y hubo ocasiones en las que el Eje sí contó con la superioridad aérea necesaria –generalmente a una escala local– para controlar un teatro de operaciones. Este fue el caso cuando las fuerzas italo-germanas invadieron Grecia en la Operación Marita, ya que gracias al control de los cielos por parte de las fuerzas aéreas alemanas se pudo hundir varios buques aliados, haciéndose así con el control del espacio marítimo. A pesar de casos como este, las autoridades italianas y alemanas no supieron aplicar estas ideas a las prácticas de sus fuerzas navales. A pesar de que «los responsables de la Armada alemana [en marzo de 1941] estaban en condiciones de afirmar –con exactitud– que los bombarderos alemanes estaban contribuyendo más a impedir el paso a los convoyes británicos en el Mediterráneo que la Armada italiana» (p. 129), esto no se aplicó a la organización de las fuerzas navales ni al modo de llevar a cabo operaciones navales.

La incapacidad de las marinas alemana e italiana para adaptar sus flotas al componente aeronaval sirve como ejemplo para señalar otra de las grandes diferencias entre las marinas participantes en la Segunda Guerra Mundial. Según Symonds, las cadenas de mando de las fuerzas aliadas fueron más flexibles, aceptando cambios en las estrategias y en las tácticas a emplear. Eso no fue óbice para que hubiese conflictos entre y dentro de las marinas aliadas, como por ejemplo las discusiones sobre los escenarios bélicos en los que debían ser utilizadas las muy escasas lanchas de desembarco, pero fueron capaces de resolver estos conflictos, de aceptar críticas y de modificar su *modus operandi* para afrontar la guerra. Esta flexibilidad fue inexistente dentro de las marinas del Eje, siendo especialmente reseñable el caso alemán, cuya flota, bajo los mandos de los almirantes Raeder y Dönitz, se distinguieron por no aceptar críticas ni opiniones fuera de la estrategia oficial ya antes del comienzo del conflicto.

Otro de los factores que Symonds considera clave para entender la Segunda Guerra Mundial en el mar es la coordinación y cooperación entre las diferentes marinas. A diferencia de los Aliados, las flotas del Eje no mantuvieron ningún tipo de coordinación; en ocasiones siquiera se mantuvo la más mínima comunicación acerca de los

objetivos, estrategias y operaciones que se iban a llevar a cabo. El autor señala que las marinas del Eje actuaron durante toda la guerra como parte de un mismo bando, pero no como verdaderos aliados, funcionando de forma unilateral (p. 127). Son numerosos los ejemplos de esta falta de coordinación, siendo probablemente los más conocidos el ataque italiano a Grecia o el ataque a Pearl Harbor, algo que destaca en comparación con el esfuerzo bélico llevado a cabo por los Aliados. En este último bando surgieron conflictos entre los diferentes países y entre las ramas de las fuerzas armadas, como el surgido tras el ataque británico a la flota francesa anclada en Mazalquivir, las diferencias de criterio sobre cómo defender las Indias Neerlandesas del ataque japonés o el ya mencionado debate sobre las lanchas de desembarco. Sin embargo, los militares y políticos aliados fueron capaces de negociar, cooperando y coordinando sus esfuerzos bélicos, probablemente porque supieron mantener objetivos comunes. Las marinas del Eje, por contra, actuaron independientemente, sin objetivos comunes a los que hacer frente de forma conjunta.

Gracias a la síntesis que Symonds ha sido capaz de realizar en esta obra el lector puede apreciar las claves de este conflicto naval e identificar cuáles fueron las causas por las cuales la guerra evolucionó tal y como lo hizo. Atendiendo no sólo al hecho estrictamente militar, sino también a las dimensiones económicas, científicas, políticas y sociales de este conflicto, el autor da una visión global amplia –en el contenido y en la escala– y cercana –descendiendo sobre los sujetos– al mismo tiempo. Sin embargo, es importante destacar que el autor en ciertas ocasiones se deja llevar por cierto dramatismo. Son habituales las descripciones subjetivas, de las cuales el autor deduce o induce rasgos del sujeto a describir. Symonds apunta que el jefe del Estado Mayor de la Armada japonesa, Kanji Katō, «era un hombre meticuloso, cuyo cabello, muy corto, y su pulcro bigote apuntaban a su seriedad» (p. 199), del contraalmirante neerlandés Karel Doorman que era «calladamente intenso, de un carácter no muy distinto del de[almirante alemán] Günther Lütjens» (p. 273), o del contraalmirante estadounidense Jack Fletcher que «era el marinero por excelencia: tenía cara de buena persona y era un hombre competente y sin dobleces» (p. 336). Estas valoraciones empañan una obra que, por lo general, es metódica y rigurosa. Otra limitación de este ensayo es que Symonds apenas aborda fuentes en idiomas diferentes al inglés. Es muy difícil adquirir las competencias necesarias para realizar un trabajo de estas características usando las fuentes primarias de cada uno de los bandos participantes, pero al estar acotado al inglés los testimonios de sujetos angloparlantes están sobrerrepresentados en la obra.

La Segunda Guerra Mundial en el mar es una obra de relevancia historiográfica que seguramente se convertirá en la base para el desarrollo de nuevas investigaciones acerca del ámbito naval de este conflicto, sin que por ello Symonds descuide su función explicativa para aquellos que abordan el tema sin conocimientos previos. La perspectiva global del autor, que conecta los diferentes escenarios bélicos y los sujetos que se

desempeñaron en cada uno de ellos, aporta una visión completa acerca del conflicto, ayudando a entender la relevancia que ciertas decisiones, batallas y eventos tuvieron en la victoria de los Aliados y en la derrota del Eje. A pesar de sus limitaciones, es un ensayo certero en sus ideas y conclusiones, que abrirá la puerta a otros investigadores para completar los vacíos que haya podido dejar atrás.